

dando de todo, aspirando no solo á gobernar á sus tropas y empleados, sino hasta el talento; queriendo, no ya obrar, sino pensar por todo el mundo; inclinado las mas de las veces al bien, pero dejándose llevar algunas porsu incesante actividad hácia el mal, como acontece al que todo lo puede, y no halla obstáculo alguno que se oponga á sus propios impulsos; impidiendo, ora las reacciones, ora las persecuciones, y luego, en el seno de una gloria inmensa, sintiendo el aguijon de una lengua enemiga, hasta el extremo de bajar de su altura para perseguir á una muger, el mismo dia en que defendia á un individuo de la Convencion contra el espíritu reaccionario que reinaba en aquel momento! Felicitémonos á nosotros mismos porque al fin solo dependemos de la ley, de la ley igual para todos, y no estamos espuestos á tener que depender de los buenos ó malos impulsos del alma, por muy grande y generosa que sea esta. Sí, mas vale la ley que ninguna voluntad humana, cualquiera que sea, pero debemos ser justos, sin embargo, para con el hombre que por su omnimoda voluntad supo llevar á cabo cosas que rayan en prodigio, que las realizó con nuestro auxilio, que empleó su fecunda energía en reorganizar la sociedad francesa, reformar la Europa, y llevar á todo el mundo nuestro poderío, así como nuestros principios, y que si, de todo cuanto hizo con nuestras fuerzas, nos dejó únicamente un poder transitorio, tambien nos ha dejado la gloria que nunca muere; la gloria que algunas veces basta para recobrar el poder perdido.

LIBRO VEINTE Y SIETE.

Friedland y Tilsit.

Sucesos en Oriente durante el invierno de 1807.—Asustado el sultan Selim con las amenazas de Rusia, repone en sus destinos á los hospodares Ipsilanti y Maruzzi.—No por eso dejan de proseguir los rusos su marcha hácia la frontera turca.—Al saber la violacion de su territorio, escitadala Puerta por el general Sebastiani, envia sus pasaportes al ministro de Rusia, Mr. de Italinski.—De acuerdo los ingleses con los rusos, piden se permita la vuelta á Mr. de Italinski, que sea espulsado el general Sebastiani, y se declare inmediatamente la guerra contra Francia.—Resistencia de la Puerta y retirada de Carlos Arbutnot, ministro de Inglaterra, á bordo de la escuadra inglesa anclada en Tenedos.—El almirante Duckworth á la cabeza de siete navios y dos fragatas, fuerza los Dardanelos sin sufrir ningun daño, y destruye una division naval turca en el cabo de Nagara.—Terror que se apodera de Constantinopla.—El gobierno turco se divide, y está á punto de ceder.—El general Sebastiani anima al sultan Selim y le induce á que finja una negociacion para tener tiempo de armar á Constantinopla.—Siguense los consejos del embajador de Francia, y Constantinopla queda armada al cabo de algunos dias con la cooperacion de oficiales franceses.—Entáblanse conferencias entre la Puerta y la escuadra británica anclada en las islas de los Principes.—Dichas conferencias terminan negándose la primera á lo que pedia la legacion inglesa.—El almirante Duckworth se dirige hácia Constantinopla, encuentra la ciudad armada con trescientas bombas de fuego, y se decide á volver á los Dardanelos.—Vuelve á pasarlos, pero con mucho daño de su division.—Efecto que causa en Europa este suceso, en provecho de la política de Napoleon.—Aunque victorioso éste, viendo las dificultades que la naturaleza le o pone en Polonia, se fija en la idea de una gran alianza continental.—Hace nuevos esfuerzos para penetrar el secreto de la política austriaca.—

Contestando á sus preguntas la córte de Viena, le ofrece su intervencion cerca de las potencias beligerantes.—Napoleon ve en esta oferta un modo de mezclarse en la reyerta, y de prepararse para la guerra.—Al momento pide otra conscripcion, saca mas fuerzas de Francia é Italia, forma con extraordinaria prontitud un ejército de reserva de cien mil hombres, y dá parte de estas medidas al Austria.—Estado floreciente del ejército francés en la parte baja del Vistula y el Passarge.—El invierno retardado por mucho tiempo, se hace sentir vivamente.—Napoleon se aprovecha de aquel tiempo en que nada se hacia para emprender el sitio de Dantzic.—El mariscal Lefebvre manda á las tropas, y el general Chasseloup dirige las operaciones propias de un oficial de ingenieros.—Grandes y dificultosas obras de aquel sitio memorable.—Los soberanos de Prusia y Rusia se deciden á enviar á Dantzic un poderoso socorro.—Napoleon por su parte, dispone sus cuerpos de ejército de modo que pueda reforzar al mariscal Lefebvre cuando menos se piense.—Glorioso combate dado al pie de las murallas de Dantzic.—Ultimas obras de aproximacion.—Dispónense los franceses á dar el asalto.—La plaza se rinde.—Recursos inmensos tanto en trigo como en vino, que encuentran los nuestros en la ciudad de Dantzic.—El mariscal Lefebvre es nombrado duque de Dantzic.—La vuelta de la primavera decide á Napoleon á tomar de nuevo la ofensiva.—Fijase la continuacion de las operaciones para el 10 de junio de 1807.—Los rusos se anticipan á los franceses, y dirigen el dia 5 de junio un ataque general contra los cantones del Passarge.—El mariscal Ney, pues á él acometen las dos terceras partes del ejército ruso, les hace frente con heroica intrepidez, entre Guttstadt y Deppen.—Dicho mariscal dá tiempo á que Napoleon concentre todo el ejército francés hácia Deppen.—Napoleon toma á su vez una ofensiva vigorosa, y rechaza los rusos espada en mano.—El general Benningsen se retira precipitadamente hácia el rio Pregel, bajando por el Alla.—Napoleon marcha de modo que pueda interponerse entre el ejército ruso y Koenigsberg.—La cabeza del ejército francés se encuentra con el ejército ruso acampado en Heilsberg.—Sangriento combate dado el dia 10 de junio.—Napoleon llega aquella noche á Heilsberg con el grueso de las fuerzas, y se prepara para dar á la mañana siguiente una batalla decisiva; pero los rusos levantan el campo.—Sigue maniobrando con el objeto de cortarlos por la parte de Koenigsberg.—Envia su izquierda, compuesta de los mariscales Soult y Davout, hácia Koenigsberg, y con los cuerpos de los mariscales Lannes, Mortier, Ney y Bernadotte, como igualmente con la guardia, sigue al ejército ruso á lo largo del Alla.—Asustado el general Benningsen de la suerte que podia caber á Koenigsberg, quiere acudir á socorrer aquella plaza, y se apresura á pasar el Alla por Friedland.—Napoleon lo sorprende el 14 por la mañana, en el momento de pasar el Alla.—Memorable batalla de Friedland.—Derrotados los rusos, se retiran hácia el Niemen, abandonando á Koenigsberg.—Toma de Koenigsberg.—Los rusos ofrecen una tregua, y Napoleon la acepta.—Traslacion del

cuartel general francés á Tilsit.—Entrevista de Alejandro y Napoleon sobre una balsa colocada en medio del Niemen.—Napoleon invita á Alejandro á que pase el Niemen, y fije su residencia en Tilsit.—Los dos monarcas se hacen íntimos amigos muy pronto.—Napoleon reduce á Alejandro, y hace que acepte vastos proyectos, los cuales consisten en obligar á toda Europa á que tome las armas contra Inglaterra, si esta no quiere consentir en una paz equitativa.—El premio que Alejandro debe recibir por su complacencia es la reparticion del imperio turco.—Altercado con motivo de Constantinopla.—Alejandro acaba por adherirse á todos los proyectos de Napoleon, y al parecer le profesa una amistad entrañable.—En consideracion á Alejandro, consiente Napoleon en restituir al rey de Prusia parte de sus estados.—El rey de Prusia se traslada á Tilsit.—Papel que hace entre Alejandro y Napoleon.—La reina de Prusia llega igualmente á Tilsit, para ver de conseguir de Napoleon algunas concesiones favorables á Prusia.—Napoleon trata con respeto á aquella reina infortunada, pero permanece inflexible.—Conclúyense las negociaciones.—Tratado público y secreto de Tilsit.—Convenios que no supo Europa.—De acuerdo Napoleon y Alejandro sobre todos los puntos, se separan dándose brillantes muestras de afecto, y prometiendo volverian á verse pronto.—Napoleon regresa á Francia, al cabo de cerca de un año de ausencia.—Hasta donde se estiende su gloria despues de lo de Tilsit.—Carácter de su politica en aquella época.

Mientras que acampado Napoleon en la parte baja del Vistula, esperaba en medio de las nieves de Polonia la vuelta de la primavera para tomar la ofensiva, invertia el tiempo de aquella inaccion aparente en sitiár á Dantzic, aumentar su ejército y gobernar su vasto imperio, el Oriente, que hacia poco se habia mezclado en las reyertas que se ventilaban en el Occidente, secundaba de un modo utilísimo su causa, proporcionando á su politica un éxito brillante.

Ya hemos dado á conocer al sultan Selim, la nobleza de su carácter y lo ilustrado que era, demostrando tambien el apuro en que se hallaba, pues tenia que escoger entre Rusia é Inglaterra á

quienes no queria bien, y Francia, nacion que apreciaba por inclinacion, instinto y prevision, porque sabia harto bien que ni aun en los dias de su mayor ambicion, miraria con ojos de codicia á Constantinopla. Nos falta, pues, que contar lo que sucedió mientras el ejército francés daba en el mes de diciembre la batalla de Pultusk, y en el de febrero la de Eylau.

El sultan Selim empezó, segun hemos visto, por deponer á Maruzzi é Ipsilanti, hospodares que eran de Valaquia y Moldavia, como notoriamente adictos á la politica rusa; pero Mr. de Italski le amenazó con un rompimiento inmediato, si no los reponia en sus destinos, y el sultan cedió á las amenazas del representante de Rusia, resignándose á poner al frente del gobierno de las provincias del Danubio á dos enemigos declarados de su imperio. Para exigir semejante concesion, invocó Rusia el tratado de Cainardgé, que le conferia cierto derecho de intervencion en el gobierno de Moldavia y Valaquia; pero apenas habia obedecido el sultan Selim, cuando impulsado mas bien por la voluntad de sus ministros que por la suya propia, escribió á Napoleon, pidiéndole le mirase con indulgencia, y afirmándole que lo que acababa de hacer no era abandonar la alianza francesa, sino tomar una medida que aconsejaba la prudencia en vista de lo completamente desorganizadas que estaban las fuerzas turcas. Napoleon le contestó sin demora, y lejos de desanimarle con espresiones que revelasen descontento, se compadeció de él, le acarició, trató de reanimarle y le ofreció le socorreria con el ejército francés de Dalmacia, que podia dirigirse hácia la parte baja

del Danubio por Vosnia, y la escuadra francesa surta en Cádiz, que estaba dispuesta á hacerse á la vela de las costas de España, con rumbo hácia los Dardanelos. Protegida dicha escuadra por los estrechos así que hubiese pasado el Bósforo, debia no tardar en enseñorearse del mar Negro, y dar allí á los turcos un gran apoyo; pero mientras no llegaban estos socorros, Napoleon mandó saliesen de Dalmacia varios oficiales, tanto de ingenieros como de artillería, para que cooperasen con los turcos á la defensa de Constantinopla y los Dardanelos.

Valiéndose hábilmente el general Sebastiani de los medios que tenia á su disposicion, no cesó de estimular al sultan y el divan, para que se declarase la guerra á los rusos, alegando con este objeto los maravillosos triunfos que Napoleon habia conseguido en las llanuras del Norte, su atrevida marcha allende el Vístula, y su gran proyecto de reconstituir á Polonia, y prometiéndole en nombre suyo, que si la Puerta tomaba las armas, haria fuesen revocados los tratados que la colocaban en la dependencia de Rusia, y aun tal vez que se le devolviese la Crimea.

De buena gana hubiera seguido el sultan Selim los consejos que le daba el general Sebastiani, pero sus ministros estaban divididos, siendo la mitad de ellos unos traidores vendidos á los rusos é ingleses, y temblando la otra mitad de pensar en el estado de decaimiento á que habia venido á parar el imperio Otomano. Aunque este imperio contaba todavia con mas de trescientos mil soldados, bárbaros en su mayor parte, y algunos medio instruidos, así como una escuadra de vein-

te navios bastante buenos al parecer, estas fuerzas tan mal organizadas como mal dirigidas, no podian en manera alguna ponerse delante de los rusos é ingleses, á menos que los muchos oficiales franceses que habian sido admitidos en las filas del ejército turco, no lograsen comunicar á la larga la ciencia europea á tropas, valientes sin duda alguna, pero cuyo fanatismo entiviado por el tiempo, no podia pasar como antiguamente sin los recursos de la ciencia militar. Mientras que la Puerta se entregaba á esta indecision, los rusos salieron de su incertidumbre, atravesando el Dniester, á pesar de haber sido repuestos en sus destinos los dos hospodares, porque el atractivo que tiene para ellos Constantinopla, ahogó todas las consideraciones hijas de la prudencia. Efectivamente, era un error de bulto emplear cincuenta mil hombres contra los turcos, teniendo como tenian al frente el ejército francés, y cuando apenas podian oponerle doscientos mil soldados; pero en medio de los trastornos de aquel siglo, dominaba en todos los gobiernos la idea de aprovechar la ocasion para apoderarse de lo que les convenia. Los rusos se dijeron, pues, así mismos, que quizá habia llegado el momento de conquistar á Valaquia y Moldavia, y los ingleses por su parte no sentian tener un pretexto para volver á aparecer en Egipto. En una palabra, si aun no se habian puesto de acuerdo unos y otros para repartir inmediatamente el imperio turco, porque era muy difícil al parecer pensar de un mismo modo acerca de este asunto, á lo menos convinieron en quitar á Francia el influjo que tenia sobre la Puerta, pero quitarle este influjo á la fuerza,

debiendo para ello pasar los rusos el Dniester, y los ingleses los Dardanelos, al mismo tiempo que atacase á Alejandría una escuadra.

Esto esplica por qué pasaron los rusos el Dniester, aun despues de haber sido repuestos los hospodares: por lo demas, marcharon divididos en tres cuerpos, dirigiéndose uno de ellos hácia Chocsin, otro hácia Bender, y el tercero hácia Yassi; pues su proyecto era avanzar hácia Bucharest, para proteger á los servios que se habian insurreccionado. En cuanto á sus fuerzas activas ascendian á cuarenta mil hombres, y á cincuenta mil contando los cuerpos de reserva que se habian quedado atrás.

Mientras que los rusos obraban por su parte, el almirante inglés mandó al contra-almirante Luis, que se encaminase con tres navios hácia los Dardanelos, los pasase sin cometer ningun acto hostil, lo cual podia hacerse por que los turcos permitian el paso en aquella época á los buques armados de Rusia é Inglaterra, se limitase á hacer un simple reconocimiento de los sitios, recogiese las familias de los comerciantes ingleses que no quisieran permanecer en Constantinopla durante los sucesos que estaban avocados, y regresase en seguida á Tenedos para esperar la llegada de dos divisiones, una al mando del almirante Sidney Smith sacada de los mares de Levante, y otra del almirante Duckworth sacada de Gibraltar. Estas tres divisiones, compuestas de ocho navios, varias fragatas, corbetas y bombardas, debian ser mandadas por el almirante Duckworth, y obrar segun lo exigiese sir Arbuthnot, embajador de Inglaterra en Constantinopla.

Cuando los turcos tuvieron noticia de semejante reunion de fuerzas, ora por la marcha de los rusos allende el Dniester, ora por la aparicion en los Dardanelos del contra-almirante Luis, miraron la guerra como cosa inevitable, y la aceptaron unos con entusiasmo, y otros con terror. Aunque Rusia protestó que sus intenciones eran inofensivas, y declaró que sus tropas iban á ocupar pacíficamente las provincias Danuvias, á fin de asegurar el cumplimiento de los tratados, la Puerta no se dejó engañar, antes bien espidió sus pasaportes á Mr. de Italinski, y mandó cerrar inmediatamente ambos estrechos al pabellon militar de todas las potencias. Además se dió órden á los pachás de las provincias fronterizas, que reuniesen tropas, disponiendo el sultan que Mustafa Baraictar, saliese á castigar á los rusos á la cabeza de ochenta mil hombres, por el desprecio con que miraban al ejército turco, desprecio llevado hasta el estremo de invadir el imperio con menos de cincuenta mil hombres.

Espulsado por decirlo así Mr. de Italinski, quedó en Constantinopla Carlos de Arbuthnot, ministro de Inglaterra y á quien no habia aun fundamento para despedir, puesto que las fuerzas británicas no habian cometido alguna hostilidad; pero Arbuthnot, tomó á su vez una actitud amenazadora, pidiendo fuese llamado Mr. de Italinski y espulsado el general Sebastiani, que se adoptase inmediatamente una política hostil para Francia, se renovasen los tratados que ligaban á la Puerta con Inglaterra y Rusia, y por último se permitiese al pabellon británico tener entrada libre en los estrechos. No podia llevarse mas lejos las exigencias, ni emplear

un language mas arrogante, pero como si esto no bastase Carlos Arbuthnot declaró tambien que sino se aceptaba al momento sus condiciones, se retiraria á bordo de la escuadra inglesa, que en aquel momento estaba reunida en Tenedos, para conducirla á viva fuerza al pie de las murallas de Constantinopla. Esta amenaza causó profunda consternacion al divan, porque no podia contarse con las fortificaciones de los Dardanelos, descuidadas hacia mucho tiempo, y una vez pasados estos, todos temblaban al pensar que si una escuadra inglesa se apoderaba del mar de Mármara, podia destruir con el fuego de sus baterías el Serrallo, Santa Sofia y el arsenal de Constantinopla.

Así es que casi todos se mostraban dispuestos á ceder; pero el hábil embajador que entonces representaba á Francia en Constantinopla, y que tenia la ventaja de ser á un mismo tiempo diplomático y militar, sostuvo el valor que empezaba á debilitarse de los turcos, mostrándolos todos los inconvenientes que en aquellas circunstancias iban á resultar de una conducta pusilánime. En seguida hizo que resaltasen á sus ojos la coincidencia de los proyectos de Inglaterra y Rusia, en haber unido sus esfuerzos para invadir el territorio otomano por mar y tierra, la próxima reunion al pie de los muros de la capital de un ejército ruso y una escuadra inglesa, y el peligro en que se veia el imperio de ser repartido, ó desmembrado á lo menos, con la ocupacion simultánea de Valaquia, Moldavia y Egipto, por supuesto que habló á voz en grito de Napoleon, de sus victorias, de su presencia en el Vistula, y de las ventajas que resultaban de ser aliado suyo, anunciando no tar-

daria la Puerta en recibir auxilios de importancia, y prometiendo seria restaurada la antigua potencia otomana como los turcos desplegasen por un momento su antiguo valor. Estas exhortaciones llegaron á oídos del sultán y de los individuos del gobierno, ya por el camino directo, ya por otros indirectos pero bien escogidos, y como la evidencia del peligro, y las noticias que cada día llegaban acerca de la marcha triunfal de Napoleón, les daban fuerzas, causaron el efecto que era de esperar, terminando aquella negociación, después de varias alternativas de exaltación y abatimiento, por negarse el diván á acceder á lo que pedía Carlos Arbuthnot, y manifestarse resuelto á dejarle marchar.

En consecuencia de esto, el ministerio de Inglaterra dejó á Constantinopla el día 29 de enero, y se embarcó en el *Endymion*; para trasladarse á bordo de la escuadra que mandaba sir John Duckworth la cual estaba anclada en Tenedos, fuera de los Dardanelos. Durante quince días, no cesó Carlos Arbuthnot de amenazar la Puerta con las baterías de la escuadra británica, invirtiendo en sostener una correspondencia el tiempo que empleaba el almirante Duckworth en esperar viento favorable. Por su parte el general Sebastiani, después de haber inducido á la Puerta á que tomase una resolución enérgica, tenía que desempeñar una tarea mucho más árdua, cual era la de despertar su apatía, vencer su negligencia, y conseguir establecer algunas baterías, tanto en los estrechos como en Constantinopla. Y esto no era fácil, tratándose como se trataba de un gobierno inepto, que hacía mucho tiempo había caído en

una especie de imbecilidad, y cuyo poco espíritu vital paralizaba en aquel momento el temor de los navíos ingleses mucho más que el de los ejércitos rusos; pero sin embargo, insistiendo unas veces con el sultán y otras con sus ministros, y con el auxilio de sus ayudantes de campo Lascours y Coigny, logró se empezase á hacer un armamento, que aunque era muy imperfecto, bastó no obstante para causar alguna inquietud al almirante inglés, quien escribió á su gobierno diciéndole que aunque podía ejecutarse la operación, era más difícil que lo que se creía en Londres.

Por último, como no produjese ningún efecto la correspondencia sostenida entre Mr. Arbuthnot y el Reiss-Effendi, y empezase á sentirse un viento Sud, el almirante Duckworth se hizo á la vela el 19 de enero por la mañana hácia los castillos de los Dardanelos.

No hay en el mundo una posición tan conocida aun por los hombres menos versados en la geografía, como la de Constantinopla, situada en medio del mar de Mármara, mar cerrado, y en que no se puede penetrar sino forzando los Dardanelos ó el Bósforo. El que viniendo del Mediterráneo, sube el estrecho de los Dardanelos durante doce leguas, estrecho que por lo inmediato de sus orillas y su continua corriente, se parece á un ancho río, desemboca en el mar de Mármara, que tiene veinte leguas de anchura y treinta de extensión, y se halla de pronto en un bonito promontorio, bañado por una parte por el mismo mar de Mármara, y por la otra por el río de aguas dulces: aquel promontorio es la ciudad inmortal, llamada Bizancio en tiempo de los griegos, Constan-

tinopla en el de los romanos, y bajo el imperio de los turcos Stambul, siendo hoy la metrópoli del islamismo. Vista desde el mar presenta un anfiteatro de mezquitas y palacios moriseos, entre los cuales se distinguen las cúpulas de Santa Sofía, y al fin del promontorio que ocupa, se divisa el serrallo donde sumidos en la molicie los descendientes de Mahomet, se aduermen al lado del peligro de un bombardeo, desde que tan cobardes como ineptos no saben defender el Bósforo y los Dardanelos, que son las puertas de su imperio, puertas muy fáciles de cerrar.

Después de pasar los Dardanelos, atravesar el mar de Mármara, y dejar atrás el promontorio en que está edificada Constantinopla, se presenta otro estrecho mas angosto y temible que el primero, que solo tiene siete leguas de largo, y cuyas orillas están tan cerca una de otra, que si estuviera bien defendido, de seguro perecería en él una escuadra. Ese estrecho es el del Bósforo, que conduce al mar Negro, y así como los Dardanelos son para el imperio otomano la puerta por donde entra Rusia: pero si los rusos tienen en contra la estrecha dimension del Bósforo, los ingleses tienen tambien en contra la corriente de las aguas, las cuales corren sin cesar del mar Negro al Mediterráneo. La espresada corriente imposible de dominar, á no ser que sopla un viento favorable del Sud, es la que los ingleses se dispusieron á subir el dia 19 de febrero de 1807, navegando en columna hácia el estrecho de los Dardanelos el almirante Duckworth, con los dos contra-almirantes Luis y Sidney Smith y siete navíos, dos fragatas

y varias corbetas y hombardas, pues la vispera habia sido devorado por las llamas un navío, esto es el *Ajax*. Ayudado del viento, no tardó en pasar la primera parte del canal que corre del O. E. al E. y cuya anchura es tal, que nunca han pensado en defenderla los que poseen ese mar: desde el cabo llamado de *los Barberos* hasta Sestos y Abydos, el canal se levanta hácia el N. y adquiere tanta angostura en aquella parte, que entonces es peligroso en extremo arrostrar allí los fuegos cruzados; pero luego vuelve á separarse hácia el E. y presenta un ángulo oscuro del que parten fuegos temibles. Los disparos de las baterías allí establecidas cogen á los buques en toda su estension, de modo que una escuadra que sea tan atrevida que quiera forzar el paso, acerbillada á derecha é izquierda por las baterías de Europa y Asia, como lo es tambien de frente por las de Sestos, durante una travesía de mas de una legua. A la entrada y á la salida de aquel paso estrecho, se hallaban situados los castillos llamados de los Dardanelos, construidos de sólida mampostería, y armados con artillería gruesa pesada y poco manejable que lanzaba enormes bombas de piedra, terror en otro tiempo de la marina cristiana.

A pesar de los esfuerzos que hizo el general Sebastiani para escitar á los turcos á que defendiesen los Dardanelos, no sufrió grandes peligros la escuadra inglesa, la cual no tuvo un mástil siquiera derribado, saliendo del paso con algunas velas rotas, y unos sesenta hombres muertos ó heridos. Al llegar al cabo de Nagara, á la entrada del mar de Mármara, halló emboscada una division turca, que se componia de un navío de sesenta y

cuatro cañones, cuatro fragatas de poca importancia, y dos corbetas. Era imposible situar aquella division en un sitio peor que aquel, y mas inútilmente: para ser útil, era preciso que estuviese bien apostada y dirigida, y que obrase de consuno con las baterías de tierra, pero sin hacer nada mientras la escuadra enemiga pasaba, y encerrada despues en un fondeadero que no tenia defensa, era lo mismo que regalarla á los ingleses, para que se desquitasen del fuego que acababan de sufrir sin que les fuese dado devolverlo. Sir Sidney Smith se encargó en destruirla, lo cual no era muy difícil, pues la mayor parte de las tripulaciones se hallaban en tierra: así es que en pocos instantes se vieron obligados los buques turcos á arrojarlos á la costa; pero los ingleses los siguieron en las lanchas, y como no estaban seguros de poder traerlos á la vuelta, prefirieron prenderles fuego inmediatamente, lo cual ejecutaron á escepcion de una corveta que dejaron anclada. Aquella operacion les costó sin embargo treinta hombres.

El 21 de febrero por la mañana, aparecieron delante de la ciudad de Constantinopla, asustada al ver una escuadra enemiga, cuyos fuegos nadie podia, no ya alejar, sino ni siquiera contrarestar. Parte de la poblacion pedia temblando se accediese á las exigencias de los ingleses, parte arrojaba indignada gritos de furor, y las mugeres del Serrallo, espuestas mas que nadie á sufrir las bombas del almirante Duckworth, turbaban con su llanto el sosiego del palacio imperial. Entonces volvieron á empezar en el seno del divan las alternativas de debilidad y valor, queriendo hacer

resistencia el sultan Selim; pero los clamores con que le asaltaban, y los consejos de algunos ministros infieles, quienes alegaban para disuadirle de su intento, una escasez de recursos de que ellos eran criminales autores, contribuian á conmovier su corazon, mas noble que enérgico. Sin embargo, el embajador de Francia acudió á ver á Selim y se esforzó en hacer que tanto él como sus ministros y cuantos le rodeaban, se avergonzasen de tener que rendirse á una escuadra que no tenia ni un soldado de desembarque, y que bien podia incendiar algunas casas y atravesar las bóvedas de algunos edificios, pero que bien pronto tendria que retirarse despues de causar un destrozo tan inútil como odioso. Aconsejó, pues, que se resistiera á los ingleses, se ganase tiempo por medio de una negociacion simulada, se enviara á Andrinópolis las mugeres, la corte, todos cuantos temblaban, todos los que gritaban, se utilizara en seguida la parte enérgica del pueblo, para establecer baterías en la punta del Serrallo, y que hecho esto se entrase en tratos con la escuadra británica, enseñándole los cañones.

A mayor abundamiento, las pretensiones de los ingleses favorecian, por lo duras y arrogantes que eran, los consejos del general Sebastiani, pues Mr. Arbuthnot, á quien tenia que estar subordinado el almirante en todo lo concerniente á la política, quiso se hiciese antes una intimacion á la Puerta, intimacion que se reducía á pedir fuese espulsada la legacion francesa, se declarase inmediatamente la guerra á Francia, se entregase toda la escuadra turca, y por último se permitiese

ocupar á los ingleses y rusos los fuertes del Bósforo y los Dardanelos. Conceder semejantes cosas, era lo mismo que poner el imperio, la marina y las llaves de la capital en manos de sus enemigos de mar y tierra, pero los ingleses insistieron en sus pretensiones, yendo á esperar la respuesta en las islas de los Principes, situadas cerca de la costa de Asia, á alguna distancia de Constantinopla.

El general Sebastiani no dejó de hacer ver al sultan y sus ministros cuan bochornoso y peligroso era sufrir semejantes condiciones, y afortunadamente llegó en aquellos momentos un correo gabinete de las orillas del Vístula, con otra carta de Napoleon en que exhortaba con calor al sultan, diciéndole: «Generoso Selim, muéstrate digno descendiente de Mahomet. Ya ha llegado la hora de que te veas libre de esos tratados que te oprimen. Aunque me ocupo en reconstituir á Polonia, amiga y aliada tuya, á todo estoy dispuesto, preparándose ya á bajar el Danubio uno de mis ejércitos, y á coger por el flanco á los rusos, á quienes tú atacarás de frente. Una de mis escuadras vá á salir de Tolon para custodiar tu capital y el mar Negro; ánimo, pues, porque nunca volverá á presentarse una ocasion como esta de sacar á tu imperio del estado de postracion en que hoy yace, y de ilustrar tu memoria.» Aunque estas exhortaciones no eran nuevas, no podian llegar mas á tiempo; y así reanimado el corazon de Selim con las palabras de Napoleon, y las instancias del general Sebastiani, concibió los sentimientos mas nobles. Habló, pues, á sus ministros con energía, convocó el divan y los ulemas, y luego que se

enteraron estos de las pretensiones de los ingleses, todas las almas se llenaron de indignacion, resolviéndose por unanimidad que se resistiera á la escuadra inglesa, sin cuidarse de lo que pudiera intentar, pero siguiendo los acertados consejos del general Sebastiani, es decir, procurando ganar tiempo en conferencias, é invirtiendo el tiempo ganado en establecer formidables baterias alrededor de Constantinopla.

Empezóse, pues, por contestar á Mr. Arbuthnot, que sin examinar á qué se reducian sus proposiciones en el fondo, no se les daría oídos mientras la escuadra inglesa no tomase una posicion menos amenazadora, pues no era digno de la Puerta deliberar bajo el cañon enemigo; y como se necesitaba cuando menos un dia para ir desde Constantinopla, á las islas de los Principes, y volver, pocas comunicaciones eran bastantes para ganar los dias que eran menester. Por lo demas, cuando llegó á la escuadra la contestacion de la Puerta, Mr. de Arbuthnot habia caido enfermo de repente: pero como seguia preponderando su influjo en el estado mayor de la escuadra inglesa, conocieron los almirantes lo mismo que él, que era una hazaña propia de bárbaros bombardear á Constantinopla; que sin tropas de desembarque, caso de que los turcos quisieran hacer resistencia, tendrian que retirarse despues de causar un daño inútil; y que se verian obligados, para volverse, á forzar de nuevo los Dardanelos, con una escuadra maltratada tal vez, y pasando por debajo de baterias, defendidas probablemente aquella vez mejor que la primera. Creian, pues, que era mas prudente conseguir por medio de la intimi-

dacion, y sin tener que proceder á un bombardeo, sus peticiones en todo ó en parte, siendo el trofeo en que mas empeño ponian la entrega de la escuadra turca. En consecuencia, el almirante Duckworth, que hacia las veces de Mr. Arbuthnot, enfermo como ya hemos dicho, contestó á los turcos que estaba pronto á convenir en un sitio propio para negociar, y pidió se fijase al momento cual debia ser, para enviar un oficial. La Puerta no se dió mucha prisa á contestar á aquella comunicacion, y al dia siguiente propuso á Kadikor, ó lo que es lo mismo, la antigua Calcedonia, mas abajo de Scutari, y frente por frente á Constantinopla. Como en el estado de exasperacion en que se hallaban los turcos, no era aquel sitio de los mas seguros ni convenientes para el oficial inglés, que debia trasladarse á él, así lo manifestó el almirante Duckworth, y pidió se señalase otro, amenazando con que obraria inmediatamente, sino se apresuraba el gabinete turco á abrir las negociaciones.

Gracias á estas conferencias por escrito ilusorias, ganáronse algunos dias, que se emplearon en Constantinopla del modo mas activo y hábil, y á poco llegaron del ejército de Dalmacia varios oficiales de artilleria é ingenieros, por quienes fué secundado el general Sebastiani. Acampado éste en medio de los turcos, le siguió toda la legacion, sirviendo de intérpretes los *jóvenes de lenguas*, que habian acudido á los puntos militares, y con la cooperacion de la poblacion y nuestros oficiales, levantáronse formidables baterias en la punta del Serrallo, y la parte de la ciudad que costea el mar de Mármara. Cerca de trescientas

bocas de fuego, tiradas por un pueblo lleno de entusiasmo, y que miraba en aquel momento á los franceses como á sus libertadores, fueron puestas en bateria, y el sultan Selim, á quien el espectáculo de aquellos preparativos ejecutados tan pronto, colmaba de júbilo, quiso se levantase una tienda para él, junto á la del embajador de Francia, exigiendo que todos sus ministros fuesen á situarse en una de las baterias. En una palabra, Constantinopla iba tomando á cada hora que pasaba un aspecto mas temible, y los ingleses veian abrir nuevas troneras, por medio de las cuales aparecia la punta de los cañones.

Al cabo de siete ú ocho dias invertidos de este modo, fué adquiriendo mayor fundamento el temor que desde luego contuvo á los ingleses; á saber, que iban á causar un daño inútil, y tal vez peligroso, á que seguiria el tener que volver á pasar los Dardanelos con mas dificultad que al principio. Conociendo, pues, que nada ganaba con esperar, el almirante Duckworth hizo la última intimacion, cuidando de reducir sus peticiones y aumentar las amenazas, y se contentó con exigir se le entregase la escuadra turca, no sin declarar que iba á dirigirse á Constantinopla, si no se designaba inmediatamente un sitio á propósito para negociar. Ya entonces estaba todo concluido en Constantinopla, de suerte que aquel gobierno contestó al almirante inglés, que en el estado en que se hallaban los ánimos, no habia un sitio bastante seguro, para atreverse á salir garante de que no peligraria la vida de los negociadores que á él se enviasen.

En vista de semejante respuesta, no habia